



CAPÍTULO
2



Mary Ann se fijó en que la Marquesa no estuviera a la vuelta de la esquina antes de hacer pasar a Cath a la habitación y cerrar la puerta.

La otra criada, Abigaíl, ya estaba allí, con un traje idéntico al de Mary Ann –un recatado vestido negro y delantal blanco–, intentando espantar con una escoba a un tábano-caballito de madera fuera de la ventana.

Cada vez que fallaba, este relinchaba y sacudía la crin a ambos lados antes de volar de nuevo al techo.

–¡Estos insectos serán mi perdición! –gruñó Abigaíl a Mary Ann, enjugándose el sudor de la frente. Luego, al advertir que Catherine también estaba allí, hizo una reverencia torpe.


Catherine se puso rígida.

–¡Abigaíl...!

Su advertencia llegó demasiado tarde. Un par de mecedoras diminutas golpearon con fuerza la parte de atrás de la cofia de Abigaíl, tras lo cual el caballito salió disparado de nuevo al techo.

–¡Al diablo contigo, pequeño poni aborrecible! –chilló la criada, moviendo la escoba de un lado a otro.

Con una mueca de vergüenza, Mary Ann arrastró a Catherine al tocador y cerró la puerta. La jarra sobre el lavamanos ya estaba llena de agua.



–No hay tiempo para un baño, pero no le contemos a tu madre –dijo, moviendo los dedos nerviosamente sobre la espalda del vestido de muselina de Catherine mientras esta introducía un paño en la jarra. Se restregó con energía el rostro, para quitarse la harina. ¿Cómo había conseguido que se le metiera detrás de las orejas?

–Creí que hoy ibas al pueblo –dijo. Catherine se dejó quitar el vestido y la enagua.

–Fui, pero resultó increíblemente aburrido. Solo querían hablar del baile, como si el Rey no celebrara un baile cada dos días –Mary Ann tomó la toalla y frotó los brazos de Catherine hasta que la piel se puso rosada. Luego la roció con un atomizador de agua de rosas, para disimular el olor a masa y a fogón humeante–. Se habló mucho de un joker de la corte que hará su debut esta noche. Jack se jactaba de cómo le robará el sombrero y le hará trizas los cascabeles, como una suerte de iniciación.

–Eso parece muy infantil.

–Estoy de acuerdo. Jack es tan idiota –Mary Ann ayudó a Catherine a ponerse una enagua nueva y la sentó de un empujón sobre un taburete, para pasarle un cepillo por el pelo oscuro–. Lo que sí escuché fue una noticia interesante. El zapatero se jubilará y dejará su tienda vacía para fines de este mes –con una torzada, un platillo lleno de broches y un toque de cera de abeja, un precioso *chignon* descansaba sobre la nuca de Catherine, y un halo de rizos joviales le enmarcaba el rostro.

–¿El zapatero? ¿El que está en la Calle Mayor?

–Ese mismo –Mary Ann volteó a Cath y su voz bajó hasta ser un susurro–. Cuando me enteré, pensé inmediatamente que sería una ubicación fantástica. Para nosotras.

Los ojos de Cath se agrandaron.

–Dulces corazones, tienes toda la razón. Está justo al lado de esa juguetería...



—Y solo colina abajo de aquella coqueta capilla blanca. Piensa en todos los pasteles de boda que podrías preparar.

—¡Oh! Para nuestra inauguración, podríamos hacer una serie de pasteles de fruta con sabores diferentes en honor al zapatero. Comenzaremos con los clásicos —pastel de arándano, pastel de melocotón—, pero además, imagina las posibilidades. Un pastel de lavanda y nectarina un día, y al siguiente, un pastel de caramelo con plátano, cubierto con migajas de galletas y...

—¡Basta! —se rio Mary Ann—. Todavía no he cenado.

—Tendríamos que ir a ver esa tienda, ¿no crees? ¿Antes de que se corra la voz?

—Yo también lo pensé. Tal vez mañana. Pero tu madre...

—Le diré que vamos a comprar cintas. No le importará —Cath se meció sobre los talones—. Para cuando se entere de la pastelería, podremos mostrarle qué gran oportunidad de negocio es, y ni siquiera ella podrá negarlo.

La sonrisa de Mary Ann se tensó.

—No creo que sea justamente la oportunidad de negocios lo que repruebe.

Cath desestimó su preocupación, aunque sabía que Mary Ann tenía razón. Su madre jamás aprobaría que su única hija, la heredera de la Ensenada de la Tortuga de Piedra, entrara en el mundo masculino de los negocios, especialmente, con una criada humilde como Mary Ann de socia. Además, la repostería era una tarea que realizaban los sirvientes, diría su madre. Y detestaría la idea de que Cath planeara usar su propia dote matrimonial para abrir ella misma el negocio.

Pero Cath y Mary Ann habían estado soñando tanto tiempo con ello que a veces la joven se olvidaba de que aún no era real. Sus pasteles y postres ya eran famosos en todo el reino, y el Rey mismo era

su fan más ardiente, lo cual podía ser el único motivo por el cual su madre siquiera toleraba su hobby.

–Su aprobación no importará –dijo Cath, tratando de convencerse a sí misma tanto como a Mary Ann. La idea de que su madre se enojara por esta decisión, o peor aún, la repudiara, hacía que el estómago se le revoliera. Pero no llegaría a eso. Eso esperaba.

Levantó el mentón.

–Seguiremos adelante con o sin la aprobación de mis padres. Tendremos la mejor pastelería de Corazones. Vaya, incluso hasta la Reina Blanca decidirá viajar hasta aquí cuando se entere de nuestros exquisitos pasteles de chocolate y nuestros scones delicadamente hojaldrados de grosella.

Mary Ann frunció los labios hacia un lado, dudando.

–Eso me recuerda... –continuó Cath–. Tengo tres tartas que se están enfriando en la fresquera. ¿Podrías traerlas esta noche? Oh, pero todavía hay que espolvorearlas con azúcar en polvo. Dejé un poco sobre la mesa. Apenas un poquito –apretó los dedos a modo de ejemplo.

–Por supuesto que puedo llevarlas. ¿Qué tipo de tartas?

–De limón.

Una sonrisa burlona se adueñó del rostro de Mary Ann.

–¿De tu árbol?

–¿Te enteraste?

–Vi al señor Gardiner plantándolo bajo tu ventana esta mañana y tuve que preguntarle de dónde había salido. A pesar de todos los hachazos que tuvieron que darle para desenroscar las ramas de los pilares de tu cama, el árbol estaba casi intacto.

Catherine se retorció las manos; no sabía por qué le daba vergüenza hablar de su sueño.

–Pues sí, de allí obtuve mis limones, y estoy segura de que estas

tartas son las mejores que he realizado. Para mañana por la mañana, todo Corazones estará hablando de ellas y queriendo saber cuándo podrán adquirir por sí mismos nuestros postres.

–No seas tonta, Cath –Mary Ann le pasó un corsé por encima de la cabeza–. Lo preguntan desde que el año pasado hiciste aquellas galletas de jarabe de arce y azúcar morena.

Cath arrugó la nariz.

–No me lo recuerdes. Estuvieron demasiado tiempo en el horno. Tenían los bordes demasiado crujientes.

–Eres una crítica demasiado severa.

–Quiero ser la mejor.

Mary Ann apoyó las manos sobre los hombros de Cath.

–Y eres la mejor. He vuelto a hacer los cálculos, con los costes previstos que significa comprar la tienda del señor Oruga, los gastos mensuales y el de los ingredientes: todos medidos en relación con la producción diaria que tenemos planeada y los precios. Incluso ajustándolos para dejar un cierto margen de error, creo que podríamos ser rentables en menos de un año.

Cath se tapó las orejas con las palmas.

–Con tus números y cuentas, le quitas toda la gracia. Sabes cómo me marean.


Mary Ann inspiró y se volteó para abrir el armario.

–No tienes ningún problema pasando las cucharadas a las tazas. No hay gran diferencia.

–Es completamente diferente, motivo por el cual te necesito para esta aventura. Mi socia comercial brillante y tan lógica.

Casi podía ver a Mary Ann poniendo los ojos en blanco.

–Me gustaría poner eso por escrito, Catherine. Ahora, me parece recordar que habíamos elegido el vestido blanco para esta noche, ¿verdad?



–Lo que te parezca –sofocando la fantasía de su futura pastelería, Cath se dispuso a abrochar un par de perlas en los lóbulos de las orejas.

–¿Y? –preguntó Mary Ann sacando un par de interiores y enaguas del armario, e instando a Cath a voltearse para sujetarle el corsé–. ¿Fue un buen sueño?

Cath se sorprendió al ver que aún tenía masa bajo las uñas. Intentar quitársela fue una buena excusa para mantener la cabeza inclinada, ocultando el rubor que le trepó por el cuello.

–Nada demasiado especial –dijo, pensando en un par de ojos color limón.

Soltó un grito ahogado cuando el corsé se ajustó inesperadamente, apretándole las costillas.

–Me doy cuenta de cuando me mientes –dijo Mary Ann.

–Oh, está bien. Sí, fue un buen sueño. Pero ¿acaso no son todos mágicos?

–No sabría decírtelo. Jamás tuve uno. Aunque Abigaíl me contó que, una vez, soñó con una enorme medialuna que brillaba suspendida en el cielo... y al día siguiente, apareció Cheshire, una sonrisa llena de dientes, detenida en el aire, que le pedía un vaso de leche. Han pasado años y aún no podemos librarnos de él.


Cath bufó.

–Le tengo cariño a Cheshire, pero me encantaría que mi sueño presagiara algo con un poco más de encanto.

–Aunque no fuera así, al menos, te dio algunos buenos limones.

–Cierto. Me contentaré con ello –aunque no lo estaba. No en realidad.

–¡Catherine! –la puerta se abrió de par en par, y la Marquesa entró flotando en la habitación. Tenía los ojos grandes como platos y el rostro color morado, a pesar de haber sido empolvada hacía solo un



rato. La madre de Catherine vivía la vida en un estado permanente de aturdimiento—. ¡Ahí estas, cariño! ¿Qué...? ¿Aún no te has vestido?

—Oh, mamá. Mary Ann me estaba ayudando...

—Abigail, ¡deja de jugar con esa escoba y ven aquí! ¡Necesitamos que nos ayudes! Mary Ann, ¿qué le pusiste?

—Milady, pensamos que el vestido blanco que...

—¡De ninguna manera! ¡Rojo! ¡Llevarás el vestido rojo! —su madre abrió las puertas del armario de par en par y sacó un vestido de fiesta largo con cascadas de pesado terciopelo rojo, un enorme armazón y un escote que seguramente no ocultaría demasiado—. Sí, perfecto.

—Ay, mamá. Ese vestido no. ¡Es demasiado pequeño!

Su madre apartó una hoja cerosa verde de la cama y extendió el vestido sobre el cubrecama.

—Por supuesto que no es demasiado pequeño para mi preciosa niñita. Esta noche será muy especial, Catherine, y es imprescindible que luzcas espléndida.

Cath intercambió una mirada con Mary Ann, que se encogió de hombros.

—Pero es solo un baile más. ¿Por qué no...?

—Nada de eso, criatura —su madre cruzó la habitación a toda velocidad y le tomó el rostro con ambas manos. Aunque era huesuda como un pájaro, sus pellizcos y apretones carecían de la más mínima delicadeza—. Te espera una noche tan fascinante, preciosa niña —sus ojos brillaron de un modo que despertó las sospechas de Catherine. Luego ladró—: *¡Ahora, voltéate!*

Catherine saltó y giró para mirar la ventana.

Su madre, que se convirtió en Marquesa cuando se casó, tenía el mismo efecto en todo el mundo. A menudo, era una mujer cariñosa y tierna, y el padre de Cath, el Marqués, le vivía dándole todos los gustos, pero Cath conocía muy bien sus cambios de humor. La Marquesa

podía ser dulce y encantadora, y al siguiente instante, estar gritando a pleno pulmón. A pesar de su minúscula estatura, gozaba de una voz atronadora y de una mirada particular, que podía encoger hasta el corazón de un león.

Cath pensó que, a esta altura, estaría acostumbrada al temperamento de su madre, pero los cambios frecuentes aún la tomaban por sorpresa.

–Mary Ann, ajústale el corsé.

–Pero, milady, acabo de...

–Más ajustado, Mary Ann. Este vestido no le entra a un persona que tenga menos de veintidós pulgadas de cintura, aunque por una vez, Cath, me gustaría verte con veinte. Tienes la mala suerte de haber heredado los huesos de tu padre, sabes, y tenemos que estar alertas para evitar que también termines con su figura. Abigaíl, sé buena y tráeme el conjunto de rubíes de mi armario de joyas.

–¿El conjunto de rubíes? –Catherine soltó un quejido al tiempo que Mary Ann desajustaba las agujetas del corsé–. Pero esos aretes son tan pesados.

–No seas tan debilucha. Es solo por una noche. ¡Más ajustado!

Catherine hizo una mueca de aflicción mientras Mary Ann jalaba las cintas del corsé. Exhaló todo el aire que pudo y se aferró del costado del tocador, intentando que desaparecieran las chispas que bailaban delante de sus ojos.

–Madre, no puedo respirar.

–Pues entonces, la próxima vez, espero que pienses dos veces antes de repetir el postre como lo hiciste anoche. No puedes comer como un cerdo y vestirse como una dama. Será un milagro si este vestido te entra.

–¿Podría... ponerme... el blanco?

Su madre se cruzó de brazos.

–Mi hija llevará rojo esta noche como una verdadera... descuida. Tendrás que saltarte la cena.

Cath gimió mientras Mary Ann le cinchaba el corsé una vez más. Tener que sufrir las ataduras ya era lo suficientemente malo, pero ¿tampoco podría cenar? La comida era lo que más placer le daba durante las fiestas del Rey, y ese día solo se había alimentado con un huevo duro... demasiado ocupada cocinando como para pensar en comer otra cosa.

Su estómago confinado emitió un gruñido.

–¿Te sientes bien? –susurró Mary Ann.

Movió la cabeza de arriba abajo: no deseaba gastar aire precioso en hablar.

–¡El vestido!


Antes de que Catherine pudiera recuperarse, sintió que la apretujaban y le metían a la fuerza la roja monstruosidad de terciopelo. Cuando las criadas terminaron y Catherine se atrevió a echarse un vistazo en el espejo, sintió alivio de que, si bien se sentía como una salchicha comprimida, no lo parecía. El audaz color resaltaba el rojo de sus labios y le daba a su piel clara un tinte aún más diáfano, y a su cabello oscuro, un color aún más intenso.

Cuando Abigail le acomodó el enorme collar sobre la clavícula y reemplazó las perlas por los rubíes colgantes, Catherine se sintió momentáneamente como una verdadera dama de la corte, puro glamour y misterio.

–¡Maravillosa! –la Marquesa apretó la mano de Catherine entre las suyas, volviendo a adoptar esa peculiar mirada sentimental–. Estoy tan orgullosa de ti.

–¿Lo estás? –preguntó Catherine frunciendo el ceño.

–Oh, no comiences a dar vueltas –su madre chasqueó la lengua, palmeando el dorso de la mano de Cath una vez antes de soltarla.



Catherine volvió a mirar su reflejo. El encanto se desvaneció con rapidez y la dejó expuesta. Hubiera preferido un vestido casual bonito y amplio, con o sin harina.

—Madre, estaré demasiado elegante. Nadie más se arreglará tanto. Su madre aspiró por la nariz.

—Justamente. ¡Luces excepcional! —se enjugó una lágrima—. Estoy por sufrir un colapso emocional.

A pesar de lo incómoda que se sentía y de las dudas que albergaba, Cath no pudo negar una chispa de calor detrás del esternón. La voz de su madre era un reproche permanente en su cabeza, que le recordaba que apoyara el tenedor, caminara derecha, sonriera, ¡pero no tanto! Sabía que su madre quería lo mejor para ella, pero era tan maravilloso escuchar que le dirigiera un cumplido alguna vez.

Con un último suspiro, la Marquesa señaló que iría a ver cómo estaba su esposo y salió de la habitación, arrastrando a Abigaíl con ella. Cuando se cerró la puerta, Cath deseó poder desplomarse sobre la cama; estar en presencia de su madre la dejaba tan cansada.

—¿Luzco tan ridícula como me siento?

Mary Ann sacudió la cabeza.

—Estás deslumbrante.

—¿Acaso no es ridículo lucir deslumbrante en este baile tonto? Todo el mundo creerá que estoy presumiendo.

—Es un poco como ponerle mantequilla al tocino —dijo Mary Ann apretando los labios a modo de disculpa.

—Oh, vamos. Ya tengo demasiada hambre —Cath se retorció dentro del corsé, intentando levantar las ballenas que se clavaban en sus costillas, pero aquel no se movió—. Necesito un chocolate.

—Lo siento, Cath, pero no creo que ese vestido tenga lugar para un solo bocado. Ven. Te ayudaré a ponerte los zapatos.